

EDUCACIÓN DE LAS CONDUCTAS MOTRICES: LEER, COMPRENDER Y APLICAR A PARLEBAS

EDUCATION OF MOTOR CONDUCTS: READ, UNDERSTAND AND APPLY TO PARLEBAS

Autor: Francisco Lagardera. Profesor jubilado del INEFC de la Universidad de Lleida
 Miembro de AIPRAM, GIAM, ACAFIDE y Asociación Ejercicio y Bienestar
 Correo de contacto: pacolagardera@gmail.com

Recibido: 01.02.2021

Aceptado: 11.06.2021

RESUMEN

Este trabajo ha consistido en aplicar un análisis de contenido de la obra completa de Parlebas publicada en español, referido a la educación de las conductas motrices. Este análisis aborda desde su primer artículo, que data de 1959, hasta el último publicado en otoño de 2020. Las unidades de análisis se han obtenido por inducción sobre los textos, según el criterio del investigador, que las ha seleccionado por su interés pedagógico.

El orden de exposición de los resultados del análisis de contenido efectuado se inicia desde la concepción de una creación abstracta, denominada como conducta motriz, un atributo de cualquier persona susceptible de ser educado, entrenado y optimizado, lo que fundamenta los principios ontológicos y pedagógicos emergiendo como un nuevo paradigma educativo centrado en la persona completa y singular.

Aborda la relación de cualquier persona consigo misma y con el mundo en el que se adapta, sus conductas motrices repletas de afectividad y sobre las personas adoptan diferentes niveles de conciencia, desde no tenerla hasta sentirlas con clarividencia, incluso experimentar sensaciones profundas que afectan a la confianza, las emociones y los sentimientos.

Finalmente, esta pedagogía trata a la persona con sus relaciones sociales a través de las situaciones sociomotrices en las que participa. Su creatividad, su empatía, su exploración motriz, sus interacciones motrices y finalmente el proceso adaptativo y evolutivo constante de las conductas motrices.

PALABRAS CLAVE

Conducta motriz, paradigma, objeto específico, educación de las conductas motrices

ABSTRACT

This work has consisted of applying a content analysis of the complete Parlebas' work published in Spanish, referring to the education of motor conducts. This analysis covers from his first article, dating from 1959, to the last one published in the fall of 2020. The units of analysis have been obtained by induction on the texts, according to the criteria of the researcher, who has selected them for their pedagogical interest.

The order of presentation of the results of the content analysis begins from the conception of an abstract creation, called motor conduct, an attribute of any person capable of being educated, trained, and optimized, which bases the emerging ontological and pedagogical principles as a new educational paradigm centered on the whole and singular person.

It addresses the relationship of any person with himself/herself and with the world in which he/she adapts, his/her motor conducts full of affectivity and about people adopt different levels of consciousness, from not having it to feeling them with clairvoyance, even experiencing deep sensations that affect the confidence, emotions, and feelings.

Finally, this pedagogy deals with the person with their social relationships through the sociomotor situations in which they participate. Their creativity, their empathy, their motor exploration, their motor interactions and finally the constant adaptive and evolutionary process of motor conducts.

KEYWORDS

Motor conduct, paradigm, specific object, education of motor conducts

INTRODUCCIÓN NECESARIA

Este trabajo ha consistido en aplicar un análisis de contenido de la obra pedagógica de Parlebas publicada en español, que actualmente es la mayoría, a excepción de algunas que no abordan su legado pedagógico, que se concreta en la educación de las conductas motrices.

El objetivo de este estudio ha sido seleccionar aquellos principios epistemológicos y ontológicos que están llamados a convertirse en un nuevo paradigma educativo, ya que la repercusión de la obra pedagógica de Pierre Parlebas está destinada a imprimir un sesgo positivo al proceso general de la educación, y por ello, a la civilización humana.

A los veinticinco años publicaba su primer artículo (educación física y educación filosófica) en el que anunciaba el final del dualismo que tanto sufrimiento había generado a muchas generaciones de personas:

“... el dualismo debe ser rechazado sin piedad... las ciencias humanas tienden a demostrar en la actualidad que entre la actividad motriz y la actividad mental hay continuidad, y no ruptura.

La persona es una totalidad que permanece entera en cada una de sus manifestaciones. La actividad motriz es el único medio que nos permite entrar en contacto efectivo con la realidad concreta, estando esa toma de contacto orientada por la conciencia actuante que se involucra por medio de su acto.

El educador procurará para sus alumnos modos diferentes de experiencia social (dúo, trío, equipos, talleres...) en los que el alumno también debe asumir una conducta” (Parlebas, 1959; 2017, p.54).

Ocho años más tarde anunciaría y explicaría en sus publicaciones en la revista EPS (1967, 1968, 1969...), una pedagogía revolucionaria que acabó radicalmente con la dualidad cartesiana, por definición, mediante una abstracción, el concepto de conducta motriz.

Este concepto se refiere a toda la persona completa, única e indivisible, ya que cuando el ser actúa se hace con toda la carga genética, orgánica, afectiva, cognitiva y relacional. Es por esto por lo que la educación de las conductas motrices sigue siendo una revolución pendiente cincuenta años después, dado que la sociedad actual parece aún inmadura para la transformación educativa que se propone.

La pedagogía creada a partir de la educación de las conductas motrices adquiere dimensiones de gran trascendencia, ya que sus consecuencias y efectos pueden ser decisivos para los grandes desafíos de la sociedad actual.

La educación física ha sido conocida desde finales del siglo XVIII hasta el día de hoy como un apéndice de la medicina, de la higiene, de la terapia, del ejército, del ocio o de la educación general.

Esta disciplina secular al transformarse en una educación de las conductas motrices se convierte en una pedagogía central y de vanguardia, que educa, entrena y guía a las personas concibiéndolas como unidad, como seres globales a lo largo de toda la vida.

Se trata de una educación permanente para todas las personas, para todas las edades y condiciones, que se está convirtiendo en un faro, cuya luz está destinada a guiar la evolución de la civilización humana hacia un mundo alejado de dualidades, rivalidades y del sufrimiento.

Esta manera de concebir la educación motriz propone actuar en pro de la cooperación, la empatía, la afectividad, la generosidad, la inclusión y la esperanza de la mejora de la calidad de vida y el bienestar para la mayoría de las personas que habitan este bello planeta.

LA CONDUCTA MOTRIZ

Es un modo de explicar de manera creativa e inteligente, lo que cada persona tiene en su bagaje vital para expresarse mediante la motricidad, su singularidad genuina. Un concepto, es decir, un constructo teórico, o si se quiere, una abstracción creada que ha hecho posible conocer con profundidad a las personas, aquello que expresa el cuerpo a través de su conducta motriz, lo que hasta hoy se puede saber parcialmente desde la observación de las acciones humanas en un entorno dominado por la motricidad.

Este concepto tiene en cuenta la realidad de la persona entendida como un ser único, una entidad que al existir tiende a ser una unidad, pero que la cultura dominante lo impide porque sigue troceando al ser humano en diferentes partes de la realidad: orgánica o natural, intelectual o mental y otra espiritual. La biología y más precisamente la neurociencia, han desvelado tres décadas después este gran error o su insuficiencia (Damasio, 2001a, 2001b, 2005, 2010, 2018; Lipton, 2007).

Los últimos avances de las investigaciones en neurociencia muestran evidencias científicas que confirman la indisoluble de la unidad que es cada persona, por lo que el concepto de conducta motriz adquiere coherencia y congruencia desde su fundamento epistemológico, ético y ontológico, especialmente desde los últimos cinco años en que se está dando una auténtica revolución en el papel que tiene el cuerpo en su totalidad como albacea de la vida y no el cerebro que se creía hasta ahora (Castellanos, 2021).

Para entender la auténtica dimensión de esta creación es necesario aceptar y entender la noción de comportamiento motor:

“El conjunto de manifestaciones motrices observables de un individuo que actúa. El comportamiento motor se define de acuerdo con lo que se percibe desde el exterior. Sus manifestaciones se presentan de forma objetiva, por ejemplo, se las puede grabar o filmar. Se puede describir un comportamiento motor basándose sobre todo en los datos corporales que se refieren al espacio (apoyo, orientación, desplazamiento...), al tiempo (velocidad, aceleración...), a los demás (interacciones motrices) ... y el material privilegiado (aunque no exclusivo) de la observación pedagógica y científica...” (Parlebas, 2001, p. 80).

Del mismo modo que cada ser humano posee unas determinadas huellas dactilares que lo identifican, también dispone de maneras peculiares y únicas de realizar y llevar a cabo cualquier acción motriz (correr, saltar, bailar, caminar...), mediante sus conductas motrices.

Para conocer la realidad no es suficiente con observar aquello que se puede ver, sino que también es necesario interpretar aquello que se deduce o se infiere de los datos observados. Además, existen otros datos como los indicadores, señales o signos de muy diversa naturaleza, que es necesario comprender e interpretar ya que esconden una realidad mucho más compleja y versátil, que hasta ahora se ha despreciado, al menos en el ámbito de la motricidad, como un conocimiento pertinente, útil e imprescindible.

“La conducta motriz es un comportamiento motor portador de significado. Se trata de acciones y reacciones de una persona que actúa cuya expresión, organización, pertinencia y significación es de naturaleza motriz.

Una conducta motriz solo puede ser observada indirectamente; se manifiesta mediante un comportamiento motor cuyos datos observables están dotados de sentido, lo que es vivido por la persona que actúa, consciente o inconscientemente.

Por ejemplo, cuando se filma a un jugador de voleibol, se graban sus inmovilidades, sus actos de desplazamiento, salto y golpeo de la pelota, en suma, sus comportamientos motores; pero se habla de conducta motriz cuando se trata de captar, junto con esas manifestaciones objetivas, el significado de la vivencia que tienen asociada directamente (intención, percepción, imagen mental, proyecto, motivación, deseo, frustración...).

De hecho, la conducta motriz no se puede reducir a una secuencia de manifestaciones observables, ni a una pura conciencia desligada de la realidad. Responde a la totalidad de la persona que actúa, a la síntesis unitaria de la acción significativa o, si se prefiere, del significado actuado. Esta doble perspectiva que combina el punto de vista de la observación externa (el comportamiento observado) y del significado interno (la vivencia corporal: percepción, imagen mental, anticipación,

emoción...), es la que permite al concepto de conducta motriz desempeñar un papel crucial en la educación física" (Parlebas, 2001, p.85).

¿Acaso caminamos todos del mismo modo? Tal vez aparentemente, grosso modo, pero si se observa con detalle se puede comprobar que cada persona tiene una manera singular de caminar. Las personas no son robots mecánicos sino seres con afectividad, con conciencia, con emociones, con una historia personal, con una determinada biografía motriz..., y todos estos factores van decantando, lenta, pero de manera inexorable, un modo único y personal de caminar, de jugar al fútbol, de saltar a la comba, de bailar un pasodoble, de sentarse..., hacemos lo mismo pero cada cual con su sello personal.

Las apariencias engañan. La realidad es mucho más compleja. Lo que observamos son comportamientos motores, es decir, la descripción pormenorizada de lo que se hace, pero la conducta motriz no puede ser observada directamente. La conducta motriz tan solo puede interpretarse a partir de otros datos de indudable interés como es la afectividad, las emociones, las tensiones, los bloqueos, el estado de ánimo, la salud, la edad, el género y otros que indican con mayor detalle, no tan solo lo que se hace, sino sobre todo cómo se hace.

"El concepto de conducta motriz permite un análisis con todo rigor, considerando plenamente los elementos de tipo cognitivo, afectivo, relacional y semiotor en el desarrollo de la misma acción. Comienza aquí un cambio de perspectiva en educación física, una descentración que puede calificarse de revolución copernicana..." (Parlebas, 2001, p.86).

UN NUEVO PARADIGMA EDUCATIVO PARA EL SIGLO XXI

El movimiento, concepto descrito por la física mecánica, se ha convertido en el paradigma vigente desde su aparición en el siglo XVIII, en el fenómeno que justifica las acciones que se producen en el campo de la motricidad hasta convertirse en su objeto, aceptado generalmente durante decenios y hasta siglos.

Este concepto secular de la física mecánica, el movimiento, es definido como un desplazamiento provocado por la aplicación de una fuerza sobre un objeto material inanimado, lo que supone asumir su limitación para explicar un proceso tan complejo como lo es la conducta humana.

Incluso para la misma física, ya que entiende la realidad natural mucho más diversa, dado que el movimiento es el eje conceptual de la física mecánica. Pero hay otros ámbitos de esta ciencia que no utilizan el movimiento para conocer e investigar la realidad, como así ocurre con la física cuántica, la física atómica o la física de los gases.

Asumir esta insuficiencia de partida, es como aceptar que un iceberg existe la parte que puede ver el ojo sin tener en cuenta los dos tercios de su volumen que sigue sumergido en el agua. El movimiento, como principio teórico y conceptual, no puede asumirse para ser aplicado a la vida humana, y más especialmente, al referirse a la educación humana.

"El concepto de movimiento responde a la idea de un cuerpo biomecánico definido por desplazamientos captados desde fuera; se preocupa por describir enunciados gestuales de los que se excluye al sujeto como tal y cuya finalidad es la técnica o el gesto como modelo abstracto y despersonalizado. Sin embargo, en educación física, la enunciación importa tanto como el enunciado y el sujeto productor tanto como el producto.

El concepto de movimiento nos remite a un enunciado gestual, mientras que la conducta motriz remite a la enunciación, es decir, a una producción motriz realizada por una persona determinada en las condiciones concretas de un contexto datado y situado; en el primer caso, se pone el acento en el producto y en el segundo en el agente productor, o sea en la persona que actúa insertada en una historia personal.

El concepto de conducta motriz permite un análisis con todo rigor, considerando plenamente los elementos de tipo cognitivo, afectivo, relacional y semiotor en el desarrollo de la misma acción. Comienza aquí un cambio de perspectiva en educación física, una descentración que puede calificarse de revolución copernicana, a ejemplo de la realizada hace tiempo por los movimientos de la nueva educación.

Dado que toda secuencia vital se concreta en un comportamiento motor, se puede tener la tentación de pensar que finalmente todo es conducta motriz. Así, cuando un animador presenta una emisión radiofónica, moviliza sus órganos de la palabra, efectúa ciertos gestos y adopta determinadas posturas: ¿Se trata de una situación motriz? Básicamente, no; por supuesto, se observan en este caso manifestaciones motrices, pero no hacen más que acompañar a una conducta que es esencialmente de naturaleza verbal. La pertinencia de la conducta se refiere aquí a lo lingüístico y no a lo motor. Asimismo, el ajedrez y el bridge no son situaciones motrices, por mucho que el cuerpo se halle implicado. La pertinencia es por lo tanto de tipo combinatorio; se puede jugar muy bien al ajedrez, aunque se sea muy torpe con las manos, e incluso jugar por correspondencia o por simple indicación del juego. En este caso la expresión motriz no es pertinente. Por el contrario, lo lingüístico y lo combinatorio son secundarios respecto al salto de altura, de los aparatos de gimnasia, del balonmano y de la pelota sentada, cuya pertinencia está enraizada en la acción motriz” (Parlebas, 2001, p.86).

Aceptar que son los movimientos, las formas o los gestos que se pueden enseñar, imitar o reproducir es una simplicidad de la realidad, tan sugestiva como fácil y sencilla de aceptar como si el mundo fuese una foto fija, a pesar de que la ciencia y la tecnología muestren que la realidad está formada por un mosaico muy complejo de fenómenos.

“La adopción de una nueva concepción de la educación física provoca, inevitablemente, una modificación de los hábitos de pensamiento y de la manera de actuar. Esto perturba a las personas y las entidades, y, si llega a producirse, supone algo más que un mero compromiso: es un verdadero cambio de paradigma.

Desde entonces, y desde una perspectiva científica, definimos la educación física a partir de un objeto propio: la conducta motriz de los practicantes; dotándola de manera coherente de los medios para alcanzar los objetivos perseguidos, es decir, mediante un proceso racional de comprobación de los conceptos y de validación de los resultados.

La educación física se propone intervenir de forma pertinente sobre las conductas motrices de los practicantes. Todas las disciplinas científicas (biología, psicología, sociología...) confirman que una intervención de este tipo puede impactar sobre las diferentes dimensiones de la personalidad (orgánica, cognitiva, afectiva, relacional, expresiva). Por lo tanto, aquel motricista (sea educador, entrenador o monitor) que las elija con lucidez podrá orientar esa influencia hacia los objetivos y los valores que desea promover” (Parlebas, 2017, p.11).

Un educador que se sienta comprometido con la responsabilidad de educar desde la motricidad dispone de un repertorio de situaciones motrices infinito que generan saberes procedimentales para estimular y guiar a sus alumnos, deportistas y clientes desde la educación de las conductas motrices.

Así mismo, la educación general tiene a su disposición la educación de las conductas motrices que puede orientar a las personas hacia la unidad y la singularidad personal, para vivirla con alegría y bienestar, fomentando la cooperación y la sostenibilidad, de modo que cada persona pueda elegir su destino libremente.

“El análisis del campo de las actividades físicas y deportivas hace posible una respuesta tajante: la noción de conducta motriz representa el objeto específico buscado. Entendemos por conducta motriz la organización significativa del comportamiento motor. Este concepto permite integrar en la esfera de las significaciones las manifestaciones motrices observables de una persona que actúa. Al tomar cuerpo en actos visibles (emplazamiento y desplazamiento, agarre de la raqueta, tipos de golpeo del balón...), la conducta motriz de un jugador de tenis, por ejemplo, tiene igualmente en cuenta el significado de la acción vivida por el jugador: percepción, imagen mental, anticipación, agresividad, deseo de vencer... Desde esta óptica, la definición de la educación física parece de una gran simplicidad (de una intención explícita) o por determinadas distribuciones institucionales (deporte, juego o trabajo, por ejemplo), sino que es definida por su objeto original, un objeto que se corresponde evidentemente con una construcción abstracta.

Ya no se tiene en cuenta el movimiento, sino el ser que se mueve. La personalidad del sujeto en acción, sus motivaciones, sus tomas de decisión y sus estrategias motrices son ahora el mascarón de proa.

El concepto de conducta motriz es a la vez distintivo –ya que opone las prácticas físicas a las otras prácticas- y unificador –ya que reagrupa en una categoría homogénea todas las actividades físicas y deportivas-. La variedad de las técnicas oculta una unidad de objeto: todas las especialidades, de la natación al vuelo libre, pasando por el judo y el fútbol, pueden ser descritas

y analizadas en términos de conducta motriz. Esta noción representa el denominador común de todas las actividades de la educación física, cualesquiera que sean" (Parlebas, 1985-1990a; 2017, p.429).

La educación física no tiene porque pedir prestado un objeto de otra disciplina para educar con pertinencia y especificidad, por mucho prestigio que tenga la física mecánica, porque ya se ha encontrado el talismán que estaba encerrado en un cofre, el de la vida humana. Faltaba una persona lo suficientemente sabia para levantar la tapadera del cofre y abrirlo, allí yacían las conductas motrices, desde que la consciencia apareció en la vida de los humanos, no se hizo una creación tan hermosa para mejorar la vida cotidiana de la sociedad, al convertir a las conductas motrices en un objeto pertinente de la educación de las personas, objeto que pertenece al campo de la motricidad, sin préstamos, sin hipotecas, sin usuarios ni especuladores.

"La educación física posee un objeto específico que ninguna otra disciplina le puede disputar: las conductas motrices, que representan la manera de ser que expresa el individuo en el marco de una totalidad de acción y que materializan un modo de relación con uno mismo, con el mundo y con los demás, especialmente rico en significación. Las conductas motrices fundamentan la originalidad de la educación física en tanto que disciplina específica, y el hecho de que afecten intensamente al individuo en sus dimensiones afectiva y social le confiere una enorme importancia" (Parlebas, 1968a, 2017, p. 120-121).

No se ha podido crear algo tan importante en la educación humana y a la vez tan claro y sencillo, puesto que las conductas motrices afectan a la persona, cualquiera que sea su edad, el género o la condición física, social o cultural, se sea consciente o no, pues las conductas motrices van unidas a múltiples aspectos y condiciones de cualquier persona.

"La educación física puede definirse hoy como una educación de las conductas motrices. Las conductas motrices representan el objeto específico de esta disciplina, siendo consideradas por su posibilidad de cambio y de ajuste, por su adaptabilidad, y no por su aspecto petrificado de gestos soberanos e inmutables.

Toda conducta humana se caracteriza por un significado, por una intención. Para ser plenamente educativas, las conductas motrices deben, ellas también, corresponderse con un sentido atribuido por la personalidad de acción. Una de las funciones de la educación es hacer emerger esa significación a través de la vivencia" (Parlebas, 1968e; 2017, p.196).

La educación física, al incorporar a la conducta motriz como su objeto específico, alcanza otra categoría, logra la mayoría de edad como disciplina educativa, como un conocimiento específicamente humanístico. A partir de ahora se puede educar con pertinencia, coherencia y congruencia a las personas teniendo en cuenta a las conductas motrices como su objeto claro y diferenciador para poder ser educado, entrenado, mejorado y optimizado a lo largo de toda la vida.

"Las conductas motrices son un verdadero modo de relación con uno mismo, con el mundo y con los demás, particularmente rico desde el punto de vista biológico, expresivo, estético y social" (Parlebas, 1969; 2017, p.207).

Las conductas motrices son un modo de relacionarse consigo mismo, con el mundo y con los demás, se quiera o no, se sepa o no, porque es la forma que tienen las personas de hacerlo desde que tienen conciencia hace miles de años. Además, su dimensión en el proceso de la educación adquiere una valorización impensable desde la aparición del constructo de conducta motriz, un hallazgo inmenso en la historia del conocimiento y de la educación humana.

"Las dimensiones cognitiva, relacional, expresiva y decisional de las conductas motrices no podrán desarrollarse más que en situaciones educativas pertinentes.

Una educación de las conductas motrices tiene sentido si participa del proyecto educativo global. Tiene un papel que desempeñar, tanto en el ámbito escolar como en el extraescolar, pero requiere educadores de alto nivel e integrados en un equipo pedagógico, so pena de naufragar en la ineficacia. Así es como las actividades físicas pueden suponer un verdadero adelanto, y no un simple descanso, en el proceso de educación global del niño" (Parlebas, 1971; 2017, p.228).

La educación de las conductas motrices se expresa a través de los procedimientos que se plasman concretamente, algunas veces en técnicas, en otras planteando unas situaciones motrices cuya lógica interna requiere la adaptación de las conductas

motrices, por esto facilitan que surjan unas u otras, sugerencias y posibilidades para que las personas elijan cómo darles forma a programas concretos:

“Las técnicas de realización motriz parecen ser totalmente ignoradas por los especialistas de las ciencias del comportamiento y sorprende constatar con cuanta frecuencia tratan la conducta motriz como si fuera una caja negra.

La palabra se desarrolla de manera lineal, sobre una sola dimensión, mientras que la conducta motriz se despliega en un espacio de tres dimensiones. En el primer caso el signo es arbitrario, pero en el segundo está profundamente motivado por las reglas del juego y los datos biomecánicos.

Toda conducta motriz está atrapada por un sentido que impregna la mirada que interroga, la mano que duda, el pie que tatea, el cuerpo entero al acecho: la significación se hace acción” (Parlebas, 1975; 2017, p. 232-233).

La educación de las conductas motrices engloba los modos de comportar, expresar y vivenciar todas las perspectivas de la motricidad humana, sin olvidar ninguna, colaborando con todas las ciencias y disciplinas que aportan a la luz que este ámbito necesita para seguir creando su especificidad sin renunciar de las ayudas de otras pedagogías.

“La conducta motriz es la organización significativa de las acciones y reacciones de la persona en acción que se expresa, fundamentalmente, por la vía motriz. El aspecto fundamental de esta noción es que permite comprender al sujeto que actúa, tanto desde un punto de vista exterior (las manifestaciones observables del comportamiento) como desde un punto de vista interior (los múltiples significados de esa vivencia corporal).

El primer punto de vista se apoya en todos los elementos considerados necesarios desde esta óptica: datos de tipo biológico, mecánico, espacial, temporal, técnico...

El segundo de vista elabora las características menos inmediatas que explican los elementos observados: procesos perceptivos, afectivos, relacionales, semióticos...

La conducta motriz es el denominador común de todas las actividades físicas y deportivas, cualesquiera que sean. Este tipo de análisis llega al corazón de las prácticas del lanzador de jabalina, del jugador de voleibol, del niño que juega en el patio o del adolescente que escala una pared de roca.

El descubrimiento de este objeto específico invita a definir la educación física y deportiva de manera muy sencilla: la educación física es una educación de las conductas motrices y desde esta perspectiva ramas de intervención como la readaptación pueden definirse como terapia de las conductas motrices.

Este objeto no es reivindicado por ninguna otra disciplina educativa. Esta especificidad asegura que la educación física y deportiva no duplique su empleo, y la protege contra las acusaciones de intrusismo en otros ámbitos de enseñanza.

La conducta motriz (el objeto sobre el que interviene el enseñante) remite precisamente a algunas de las dimensiones más profundas de la personalidad del niño: corporal, afectiva, relacional, semiótica... Por tanto, no es un disparate pensar que el docente podrá participar en el desarrollo de la personalidad de niños y adolescentes si solicita esas conductas motrices en las condiciones apropiadas.

El objeto fundador de la unidad de la educación física es la noción de conducta motriz. Está claro que este objeto no es una realidad que se pueda tomar como quien recoge un guijarro. Es una noción abstracta, una construcción que nace en el espíritu del observador durante su interpretación de los hechos: este objeto no es un dato, sino una construcción” (Parlebas, 1978; 2017, p.344-345).

La especificidad y pertinencia de la educación de las conductas motrices constituye una parte sustancial de la vida del ser, lo que es susceptible de convertirse en una educación que pueda salvar, tratar y desarrollar este ámbito básico de la vida humana.

“Las conductas motrices comprometen al individuo de manera tan intensa como las verbales, pero de un modo distinto. Los trabajos de psicología genética revelan que la motricidad está en el origen de la construcción de la persona.

Una educación que tenga como objeto la conducta motriz puede llegar sin dificultad y sin artificios a los diferentes componentes de la personalidad desde una perspectiva de enculturación. Cuando la educación física se propone contribuir al desarrollo y a la expansión de la personalidad del niño lo hace disponiendo objetivamente de los medios necesarios para materializar su proyecto.

La conducta motriz no posee ninguna exclusividad, ni puede pretender sustituir a la conducta verbal: posee sus propias riquezas, sorprendentes y únicas, pero también sus insuficiencias” (Parlebas, 1985: 1990a, 2017, p.430,432 y 433).

Las conductas motrices están incorporadas en el proceso de la evolución del ser humano, biológico, cultural, lingüístico, social, psíquico y motor, no se puede separar de la evolución de la persona como un ser único, exclusivo y global.

“Las conductas motrices del practicante son la manifestación de una personalidad que interactúa con su ambiente físico y su entorno social. Comprender al individuo que actúa pasa por el conocimiento del sistema global del que ese individuo forma parte” (Parlebas, 1985:1990b, 2017, p. 445).

Queda claro que la educación de las conductas motrices es una pedagogía, que tiene su lugar entre las pedagogías específicas, como la de matemática, la de música, la de estética o la de comunicación verbal.

“El concepto de conducta motriz constituye el denominador común de todas las actividades físicas y deportivas. Cualesquiera que sean la época y el lugar, todas las prácticas de educación motriz realizan una intervención con el objeto de influir en las conductas motrices de los participantes. He aquí la clave de la educación física, en que se trata en todos los casos, sin duda, en una educación de las conductas motrices.

La identificación de la conducta motriz como objeto específico provee a la educación física de una pertinencia que le permite distinguirse de las demás disciplinas y encontrar su identidad. Radica aquí una exigencia fundamental de inteligibilidad, tanto a nivel de la reflexión como al de la acción” (Parlebas, 2001, p. 173).

Siempre que tengamos la referencia de la educación física desde el siglo XVIII hasta nuestros días, hay que pagar un peaje como dependencia al de otras disciplinas pues su objeto se pierde en préstamos que hay que devolver. Todas estas hipotecas quedan saldadas con la pertinencia de las conductas motrices, cuyo tratamiento pedagógico forma parte del bagaje específico de los educadores de la motricidad. Esto supone un avance epistemológico sin parangón. A partir de la educación de las conductas motrices la pedagogía general y las pedagogías específicas aguardan un espacio al nuevo conocimiento de la conducta motriz.

“La educación física, como tal, no es una ciencia, sino una práctica: una educación de las conductas motrices que depende de las normas y de los valores de la sociedad a la que pertenece. Sin embargo, es imperativo que sea científica, que se ejerza dentro de un marco científico, de la misma manera que la medicina, que no es una ciencia, se apoya íntimamente en los resultados de la investigación.

En la acción, la que sale a escena es la totalidad de la persona inmersa en un contexto, por lo que hay que tener en cuenta los aspectos afectivos y cognitivos, los relacionales y culturales: el cuerpo es una construcción cultural, no solo fisiológica” (Parlebas, 2017, p. 12).

En definitiva, se trata de un nuevo paradigma pedagógico cuyo centro es la persona en su totalidad, en su unidad y en su singularidad, puesto que, aunque las circunstancias y las condiciones de su entorno sean cambiantes y diversos, siempre se mantendrá el mismo objeto específico, el de ejercer una influencia óptima y positiva a las conductas motrices de las personas, de cuya pertinencia corresponde, tanto de especificidad y como de exclusividad, a la educación de las conductas motrices.

LA AFECTIVIDAD IMPREGNA CUALQUIER CONDUCTA MOTRIZ

La afectividad forma parte del núcleo de la conducta motriz, no se puede tener luz natural sin el día, salvo en los polos, ambas nociones se necesitan para llenarse de sentido y plenitud. "La afectividad es la clave de las conductas motrices..." (Parlebas, 1979, 2017, p.369).

Las vivencias que tiene cualquier persona de una experiencia concreta van explicando a la razón las percepciones de lo que ocurre, tanto como dentro del ser como fuera, una transformación de la realidad subjetiva puede configurarse como una percepción que puede objetivarse al traducirse en imágenes, que incluso se pueden llegar a convertirse en ley.

"La estructura socioafectiva se constituye a partir del sentimiento profundamente vivido por cada individuo, siendo, en cierta medida, una transformación del sentimiento subjetivo en configuración objetiva: se parte de la vivencia, se pasa a la traducción gráfica y se llega, a veces, a la ley" (Parlebas, 1968c, 2017, p.142).

Las conductas motrices están tan impregnadas de afectividad que hasta la misma percepción aparece ya repleta de emociones, lo que ocurre en un niño, en un joven o en un deportista de vanguardia mundial.

"Las conductas motrices están profundamente llenas de afectividad: un gimnasta que, en las paralelas, duda al impulsarse en el aparato y busca superar su aprehensión; un nadador que afronta una ola, supera su miedo y sale victorioso del reto; un esquiador que ante una pendiente se lanza finalmente para probarse en ese riesgo intensamente vivido; un relevista que va al máximo de sus posibilidades por su equipo; un jugador de rugby que, lanzado hacia el ensayo, se deshace del balón en beneficio de un compañero mejor colocado... son, todos ellos, deportistas que viven intensamente su acción en lo más profundo de su ser. La búsqueda de la maestría motriz compromete al ser especialmente en sus recursos emotivos. Con toda intensidad, moverse es emocionarse" (Parlebas, 1969, 2017, p.206).

Se advierte claramente que no tener en cuenta las estructuras afectivas de la motricidad, y especialmente, las vivencias particulares del deportista, o mejor, de cualquier persona, supone una mutilación de la realidad, por muchos datos que se recojan de los acontecimientos. Cuando la persona actúa las emociones se afectan, porque actuar es emocionarse.

"Cualquier estudio sobre la motricidad que se limite a los aspectos formales, técnicos y tácticos, olvidando las estructuras afectivo-motrices y la vivencia del jugador, sólo tendrá en cuenta una realidad fría, impersonal y mutilada, pudiendo perderse en una teoría acerca de un equipo-máquina" (Parlebas, 1968c, 2017, p.145).

De los resultados de sus investigaciones, de muchas de ellas, de entre las que se presentaron en la defensa de su tesis de Estado, pudo concluir que las prácticas sociomotrices cooperativas provocan transformaciones profundas socioafectivas en sentido positivo.

"Nuestros resultados nos animan a pensar que el estudio de las estructuras socioemocionales de los grupos debe hacerse teniendo en cuenta la actividad realizada por los miembros de ese grupo. Además, nos permiten proponer la hipótesis de que las actividades deportivas de cooperación, entre otras, pueden generar una transformación profunda de los intercambios socioafectivos en un sentido positivo" (Parlebas, 1968c, 2017, p.143).

Así se puede comprobar, desde sus primeros artículos en revistas especializadas, que la educación de las conductas motrices se ha presentado a la sociedad como una pedagogía en que la afectividad es un valor básico en sus objetivos, principios y metodologías.

"Por un lado, un barril de pólvora, y por el otro, un detonador: complementarios, sin duda, pero totalmente independientes en su propia naturaleza. La afectividad tiene el único papel, externo, de encender la pólvora de la acción.

La percepción no es una estructura cognitiva que responde, como el eco, a un estado afectivo paralelo y distinto: la percepción es ya afectiva, al igual que la afectividad es ya percepción.

La percepción no es una pura recepción pasiva, sino una elaboración activa fuertemente impregnada de elementos emotivos, y los resultados experimentales confirman las interpretaciones clínicas.

Una acción no se desarrolla en bloque a partir de una incitación afectiva que se limita a poner en marcha esa acción; una conducta motriz no es solo una lógica impulsada por una energía.

La acción está íntimamente llena de emoción, y la estructura cognitiva y motriz está modulada, si no modelada, por la afectividad.

No se trata de hacer juegos de palabras. Tener en cuenta esta constante interdependencia entraña una modificación radical de la concepción del aprendizaje y del entrenamiento.

En el aprendizaje deben integrarse los elementos afectivos interpersonales, y no sólo en tanto que factores provisionalmente favorecedores, sino como elementos fundamentales que son parte de la estructura misma de la acción, por muy elaborada que ésta sea.

La vida afectiva y la vida cognitiva son tan inseparables como distintas.

El deportista, sumergido en la acción, es bombardeado por miles de micro estímulos que debe interpretar y seleccionar. Acosado por un mar de informaciones, el sujeto debe elegir y responder, debe decidir. Toda conducta motriz transcurre en un flujo de micro decisiones en cascada.

En esta confrontación, las implicaciones afectivas van unidas a todas las decisiones. El hombre decide en función de su propia subjetividad, según sus aspiraciones, según su personalidad.

En las actividades físicas se activa toda una efervescencia habitualmente oculta: deseos subyacentes, antiguos temores, agresividad larvada o frustración contenida. En algunos casos las leyes clásicas del aprendizaje se convierten en papel mojado: a veces una sola caída en un aparato es suficiente para retraer a un gimnasta durante varias semanas, y una única experiencia desagradable en un baño puede bastar para alejar a un practicante de los deportes acuáticos durante mucho tiempo. Ciertas conductas de fracaso, del mismo modo que ciertas conductas de éxito entran en flagrante contradicción con las posibilidades objetivas y reales de los individuos. El educador no debe refugiarse en el tranquilizador análisis de los fenómenos lógicos y biomecánicos, valioso solo en caso de ser ubicado en un contexto significativo de gran implicación afectiva.

Hay que reconocer la existencia del inconsciente motor, portador de un sentido que el educador debe tener en cuenta en las situaciones que propone, en las relaciones que se establecen entre las personas y en las relaciones que suscita entre los miembros del grupo. De esta manera, el impacto afectivo del riesgo vivido y dominado de las situaciones de colaboración y de cooperación puede tener un notable valor en el desarrollo de la personalidad.

El componente grupal no puede ser dissociado de los comportamientos motores que se efectúan en interacción con otros. La inter-motricidad es una inter-subjetividad.

Junto a una psicomotricidad que pone al hombre en juego contra las fuerzas inertes de la naturaleza (peso, inercia, rozamiento...) conviene distinguir una sociomotricidad que pone en comunicación a compañeros y adversarios: es decir, centros de significación y centros de decisión en constante interferencia. En el primer caso, el sujeto es el dueño de la situación de decisión y puede prever desde lejos las consecuencias de sus opciones, pero en el segundo caso no puede prever las consecuencias más que articulando sus decisiones con las de sus compañeros y las de sus oponentes.

Las conductas sociomotrices se despliegan, sobre todo, en las situaciones de equipo, en las que el sujeto vive interacciones motrices que le empujan a reajustarse continuamente en el espacio y el tiempo.

Un partido de un deporte colectivo es, claramente, una situación de intermotricidad en la que los compañeros se inter-apelan y los adversarios se contra-responden. Esta miríada de informaciones debe ser tratada e interpretada en el campo por

cada jugador, pero esa interpretación no es pura abstracción, sino que pasa claramente por el prisma de la vivencia corporal de un jugador que anticipa, proyectándose corporalmente en la acción de los otros según sus propias estructuras motrices o identificándose con los otros según sea percibido por ellos.

La proyección y la identificación pueden apoyarse en un conjunto de indicios objetivos y de conocimientos adquiridos anteriormente, pero son inseparables de la intersubjetividad y del conjunto de intenciones.

Sin embargo, conviene dejar bien claro que todas esas estimaciones de las pre-decisiones de los demás son inseparables de una inter-afectividad que es parte constante del mecanismo íntimo de esas operaciones" (Parlebas, 1970, 2017, p. 167-177).

En una situación motriz en la que se implican en ella las personas con sus relaciones personales, con el espacio, con el tiempo y con los materiales, las conductas motrices de cada uno de los participantes están siempre repletas de afectividad, así como en las conductas motrices que se susciten con las relaciones entre ellos:

"El espacio motor es un espacio social y afectivo. La afectividad es una dimensión que impregna fuertemente la actividad física.

Es toda la personalidad que se expresa en situaciones motrices ya que el eco de la resonancia emotiva de sus intercambios se prolonga durante mucho tiempo. Niños y adolescentes se proyectan totalmente en su forma de percibir el obstáculo, al compañero y al adversario, pues las conductas motrices están atravesadas por un inconsciente motor que genera actos acertados, pero también actos fallidos. Surgen bloqueos e inhibiciones, pero también la superación, la fluidez y el gesto dominado. Los factores emotivos afectan profundamente a la propia técnica motriz, por lo que es imprescindible tenerlos en cuenta en el proceso de aprendizaje.

La afectividad deviene la clave de las conductas motrices. Si la práctica de las actividades físicas pone en juego los recursos más profundos de la personalidad, llegando a provocar el surgimiento de un inconsciente motor, se puede adivinar la importancia que puede llegar a tener la utilización educativa de un ámbito tan efervescente" (Parlebas, 1971, 2017, p.223).

Cualquier análisis por exhaustivo que se haga teniendo en cuenta la realidad fría de los datos biomecánicos, aún siendo ciertos, no es más que una visión parcial e incluso mutilada de la realidad:

"El peligro que puede llegar a correr un participante está lejos de ser indiferente. Este componente afectivo confiere a la actividad parte de su sabor y confirma la intrusión de la emoción y del fantasma en la conducta motriz, como en el vuelo libre, el submarinismo, el alpinismo o el paracaidismo. Estos riesgos son relativamente pequeños (esquí, canoa-kayak) o graves y a veces cercanos al todo o nada (vuelo libre, paracaidismo o automovilismo). ¿Qué sería de tantas y tantas actividades psicomotrices si las despojáramos de estos rasgos de vértigo y riesgo? El análisis biomecánico solo puede dar cuenta de una dimensión, ciertamente real, pero restrictiva, de las conductas motrices puestas en juego" (Parlebas, 1985:1990b, 2017, p.459).

SE PUEDE TENER CONCIENCIA DE LAS CONDUCTAS MOTRICES

Las experiencias motrices dejan siempre huellas, sean conscientes o inconscientes, se trata de procesos que implican a toda la persona, al ser global y único, esta impronta se presenta en los protagonistas como vivencias, sobre ellas está impregnada toda la subjetividad de cada cual.

"¿Es posible que un maestro o un profesor puedan rechazar esta experiencia inmediata en el seno de su clase? ¿Lo es para el jugador que actúa sobre la realidad del terreno? ¿Dónde y cuándo capta el jugador la información, se ajusta a las señales significativas, toma decisiones, se adapta a una estrategia, actualiza sus intenciones, entabla comunicaciones, accede al plano de la significación-acción, sino en una situación concreta y en la inmediatez de su conducta motriz?

La experiencia pasada y los proyectos a corto plazo ejercen una profunda influencia, pero es la acción actual la que, en todo caso, permite ponerlos de manifiesto. Más aún, es la relación con esas conductas motrices de las que el sujeto toma

conciencia (hechos de los que podemos registrar y cuantificar algunos elementos) lo que revelará la importancia y los modos de manifestación de las influencias allí y en otro momento" (Parlebas, 1968b, 2017, p.138).

Adquirir conciencia de las conductas motrices es una experiencia propia siempre en actualidad, en tiempo presente, aquí y ahora, a pesar de las experiencias pasadas y de las diversas influencias, es la acción motriz la que va esculpiendo la conciencia de las conductas motrices que tienen su protagonismo en un tiempo y un espacio concreto.

"La vivencia psicomotriz y la vivencia sociomotriz se corresponden con la toma de conciencia por parte del agente de las conductas motrices propias y en relación con una situación global en la que otros pueden intervenir. Cuanto más pertinente sea esta vivencia, mayores serán las probabilidades de adaptación. El individuo aprende a descifrar, lo más lúcidamente posible el feedback, es decir, las respuestas a su acción proporcionadas por su propio organismo, por el medio exterior y por los demás: esta forma de conciencia de la vivencia psico-socio-motriz es la clave del cambio, es decir, de la transferencia y del aprendizaje.

Estos elementos nos van a permitir colocar la noción de estructura en un contexto que permita concederle toda su importancia. Muy esquemáticamente, se puede decir que se nos muestran dos aspectos. Por una parte, una estructura objetiva, un conjunto articulado en el espacio según un juego de fuerzas antagonistas que tienden a alcanzar un equilibrio, que se orienta hacia una representación espacial y matemática y hacia el descubrimiento de leyes. Por otra parte, una estructura más subjetiva, que se articula sobre la intencionalidad, sobre una vivencia afectivo-motriz que se orienta hacia la toma de sentido, principalmente perceptivo-motor en nuestro caso". (Parlebas, 1968b, 2017, p.140).

La experiencia de la motricidad es un acontecimiento que se da en un espacio y en un tiempo que determina una situación motriz concreta, pero a la vez esta experiencia desata emociones, estados de ánimo, expectativas y sentimientos que se presentan como vivencias, que se representan como imágenes, y que finalmente pueden archivarse en la memoria, aunque ésta sea selectiva y parcial.

"Desde una perspectiva estructural, nos parece vital conjugar dos aproximaciones que deben enriquecerse mutuamente: las de considerar la motricidad como un hecho y a la vez como una vivencia. Esto lleva a rechazar un enfoque racional, en el sentido estricto y mecanicista del término, en beneficio de un enfoque científico que tenga en cuenta el conjunto de los determinantes del hombre en acción, y del que forman parte la afectividad, la iniciativa y la intersubjetividad. En último caso, tenemos que situar siempre las conductas motrices en el contexto de su desarrollo, esto es, dar preferencia a la significación, ya que el hombre en acción, como sucede en cualquier intervención; incluida la de las conductas motrices; siempre remite a un sentido" (Parlebas, 1970, 2017, p.190).

Las conductas motrices se presentan en un escenario en plena acción y desarrollo, en tiempo presente, por esto hay que tener en cuenta su significación. Su interpretación, su sentido, no puede aislarse la acción motriz de sus consecuencias, aunque sean registrados como datos válidos, porque considerado así se margina o no se tiene en cuenta lo que da sentido a las conductas motrices, aquello que se experimenta como desde la vivencia y desde la subjetividad. Sin esta parte sustancial de las conductas motrices se pierde gran parte de su significación, sobre todo con relación a la persona concebida como ser completo, global y único.

"¿Hay algún paralelismo entre las estructuras motrices y las estructuras lógico-matemáticas? ¿Se desarrollan las segundas a la vez que se realizan las primeras? En absoluto. Las primeras solo preparan para las segundas en circunstancias concretas. Dependerá de las situaciones ofrecidas al niño, de su contenido y de su disposición, lo que nos lleva a insistir nuevamente en el problema de la educación de las conductas motrices. Consideremos, pues, algunas leyes de totalidad en lógica y matemáticas y veamos si pueden aplicarse, a ciencia cierta, en el campo de la motricidad.

La regla de oro de estas estructuras, la reversibilidad, es desconocida en motricidad. El hombre que actúa está inmerso en la historia; cada percepción, cada conducta motriz, es única y sin vuelta atrás.

En los planos neurológicos, muscular y psicológico, cada acto se puede combinar con el precedente, pero sin anularlo, sin ser su negativo. El hecho de que, tras una larga carrera, el corredor regrese a su punto de partida no equivale en absoluto a no

hacer nada, como exigiría una lógica estricta: $a+(-a) = 0$. Cada persona está inserta en una historia, y el tiempo que transcurre marca cada conducta motriz con el sello de su unicidad y su irreversibilidad" (Parlebas, 1968d, 2017, p.161).

Esta afirmación recobra actualidad por los avances divulgados desde la neurociencia (Damasio 2005, 2010, 2018), la experiencia motriz se inscribe en la historia de la vida de cada cual, las conductas motrices mantienen su unicidad y su irreversibilidad, incluso su exclusividad, esto es lo que da sentido y significación a las conductas motrices de cada persona, de ahí su valor como experiencia pedagógica.

"Aunque interesante en algunos de sus aspectos, el abordaje estructuralista suscita ciertas reservas. Al contemplar desde arriba sistemas globales (formales y teóricos), tiende a no tener en cuenta los procesos vividos y conscientes que nutren las conductas motrices...

En tanto que sistema cerrado, la estructura remite a estados, pero el aprendizaje de las conductas motrices, como toda educación, se inscribe en la evolución" (Parlebas 1968c, 2017, p.150-151).

Aunque los procesos científicos requieran fijar la atención a los sistemas praxiológicos globales (formales y teóricos), cuando interesa poner la atención en las conductas motrices de las personas, en el caso de su educación, de sus vivencias o de su conciencia, siempre se hace referencia al actor, no al sistema. Esta segunda perspectiva puede dar una explicación mucho más compleja y científica, pero cuando se hace referencia al aprendizaje, a la mera experimentación o a los estados de conciencia de los actores, siempre adquiere relevancia la presencia de las conductas motrices y de sus estados de conciencia, de su presencia en el presente y de su evolución durante el tiempo, durante su educación.

Las experiencias motrices se dan en escenarios en donde la acción del protagonismo se produce durante un tiempo presente, lo que permite conocer las propias conductas motrices como vivencias susceptibles de analizarlas e interpretadas como un caso único, no tan solo desde su plano del conocimiento sino también sentirlos como una experiencia propia, íntima, exclusiva y diferente a las de los demás protagonistas.

LA INTERACCIÓN MOTRIZ RELACIONA A LOS PRACTICANTES CON LOS DEMÁS MEDIANTE SUS CONDUCTAS MOTRICES

La interacción motriz es un fenómeno complejo y sumamente versátil en el ámbito de la motricidad humana. Al igual que la evolución de la cultura humana, los juegos deportivos y tradicionales han evolucionado con una diversidad casi infinita, aunque a pesar de ello, se dan trazos o peculiaridades que son comunes en todos ellos, los universales, este es el caso de las interacciones de las conductas motrices que siempre implican procesos de relaciones entre los jugadores (participantes, compañeros, oponentes...):

"La estructura no remite a los emplazamientos de los jugadores, sino al sistema de relaciones entre los jugadores, el balón y el terreno de juego, en referencia al código del juego; remite a un sistema que tiene una función en el marco de todas las situaciones de deportes colectivos. Solo al comparar conjuntos diferentes podemos extraer un orden interior que pueda dar cuenta finalmente de las diferencias a partir del surgimiento de una estructura común. La estructura no concierne a disposiciones espaciales perceptibles, sino a relaciones y, aún más, a relaciones de relaciones" (Parlebas, 1968c, 2017, p.148).

Con las relaciones de relaciones, Parlebas hace referencia a la potencialidad que ostenta la noción de conducta motriz, más allá de las observaciones, de las deducciones o de los resultados. Las personas a partir de sus conductas motrices crean vínculos afectivos, emocionales y empáticos con y entre otros, lo que implica una dimensión mucho más amplia de lo que podría ofrecer hasta ahora la educación física, porque la educación de las conductas motrices hace referencia a una educación con mayúsculas, que tenga que ver con la evolución óptima de las personas, de las sociedades y de la civilización humana.

"Cada deporte colectivo se desarrolla en el marco de una reglamentación que define, implícitamente, redes de comunicación que dan lugar a estructuras de acción colectiva muy distintas: redes a veces muy libres (balonmano, baloncesto, fútbol) y a veces más limitantes (voleibol, rugby), o fases de juego que se desarrollan en redes muy estrictas (melé, touche, tiro libre, penalti, córner, saque, remate, servicio...). En estas redes, que podemos representar gráficamente, algunos puestos tienen

una posición central (medio de melé, medio de apertura, zaguero, rematador, sacador, portero, delantero centro, central...), mientras que otros son enviados a la periferia.

A cada puesto le corresponde un estatus definido por las reglas y un rol preconizado por la táctica del equipo..., permiten destacar la especificidad de la dinámica de las situaciones de un deporte colectivo que ofrece la riqueza de una amplia gama de conductas motrices....

Esta constatación refuerza la necesidad del estudio de la sociomotricidad en dos niveles: en el nivel interindividual, en el que percepción, intención, significación y decisión se inscriben en la vivencia sociomotriz de cada jugador, y en el nivel grupal, en el que el equipo se despliega como una totalidad de elementos interdependientes que se actualiza según estrategia de conjunto.

Lo que nos interesa mostrar en nuestro caso es en qué sentido son originales las conductas motrices en el seno de las estructuras comunes y cómo esas conductas motrices pueden, a su vez, repercutir sobre todas las estructuras en las que se inscriben. Para nosotros, la perspectiva que debe potenciarse es el punto de vista de la persona.

El individuo y su medio forman un campo, es decir, una constelación de hechos inter-dependientes y co-existentes.

Por estructura social se ha entendido durante mucho tiempo una organización instituida que, mediante un conjunto de soportes reglamentarios y materiales, determinan posiciones y jerarquías estrictas, marcos de acción fijos y bien establecidos. En cambio, las investigaciones actuales de los psicólogos combaten esta rígida concepción en beneficio de una acepción mucho más laxa, que pone el acento en la interacción de las diferentes estructuras (roles, estatus, normas, valores, objetivos, sanciones, necesidades, liderazgo...) en todos los órdenes de la vida de una sociedad en la que también se contempla la posibilidad de cambio. Cada estructura se puede articular con las demás, una depende de las otras, y más que una yuxtaposición de estructuras tenemos interpenetraciones de estructuras en cierta medida, toda estructura es una estructura de estructuras.

Una educación física cuyo objeto conjugue las conductas psicomotrices y las conductas sociomotrices parece presentar las condiciones más favorables para la elaboración en profundidad de una psico-socio-educación" (Parlebas, 1968b, 2017, p. 136-137).

La motricidad forma parte del ámbito de la vida, no tan solo contextual, sino que se trata de un escenario vital, en este caso, la educación de las conductas motrices no constituye una formación que prepara para una etapa de la vida, sino que es en sí mismo la vida. De ahí la trascendencia de este nuevo punto de vista que convierte a la antigua educación física, como ayuda en la evolución de la persona, en su ingrediente imprescindible, desde su versión de la educación de las conductas motrices, en una formación permanente a lo largo de toda la vida.

"La simple práctica de las actividades-deportivas no conlleva ipso facto el desarrollo. Es perfectamente posible que los comportamientos motores sigan sumidos en lo concreto sin permitir el acceso a la representación y a la abstracción.

Lo importante es, por tanto, proponer situaciones educativas propicias para la elaboración de esquemas, ya que solo estos permiten despojar la motricidad de sus aspectos inmediatos y contingentes para llegar a los sistemas de relaciones generalizables a otras situaciones. Estos esquemas se corresponden con lo que hemos visto bajo el nombre de transferencia de principios o transferencia de actitudes, transferencia que se articula sobre familias de estructuras reconocidas.

Hay que favorecer desde la escuela infantil el paso del plano sensoriomotor al plano de la reflexión. Debemos invitar a los niños a que tomen conciencia de sus actos y de su proyección en espacio y el tiempo. Muchos educadores se han sentido interesados por esta orientación, y toda una corriente renovadora se desarrolla hoy día en este sentido.

Es fácil darse cuenta de que los inagotables recursos de la motricidad, desde la perspectiva desarrollada por tantos psicólogos infantiles. Piaget, sobre todo, son ricos en aplicaciones educativas. Pueden preparar poco a poco, hacer nacer, reforzar, y afinar después, aquellos mecanismos de las estructuras operatorias que caracterizan la inteligencia desarrollada: manipulación de objetos: ejercicios con aparatos (aros, bolas, mazas, pañuelos...); múltiples desplazamientos; apreciación de

las trayectorias, de las velocidades y de los ritmos; estimación de sucesiones y simultaneidades; coordinación de acciones motrices: combinaciones de trayectorias; descentraciones perceptivo-motrices...

No deja de ser imprudente presentar en unas pocas líneas una obra tan rica y sutil como la de Piaget, a buen seguro la mejor síntesis de que disponemos hoy. Aun así, seremos un poco impertinentes y nos permitiremos cuestionar algunas de sus afirmaciones.

La referencia no es sólo reverencia. Por paradójico que parezca, pensamos que Piaget ningunea la motricidad en sí misma. Hemos subrayado cuánto insiste en la influencia de lo motor sobre lo intelectual, pero lo hace desde el punto de vista de la génesis, es decir, de la progresiva construcción y de la estructuración gradual de la inteligencia. Empero, ¿qué es de ella al final del camino?; nada más que un inmenso juego de operaciones totalmente liberadas, totalmente al margen de la motricidad. En otras palabras: si la motricidad ha desempeñado un papel importante, lo ha hecho en la medida en que se ha vuelto inútil. Al ascenso del pensamiento le acompaña una caída de la motricidad. Sería como esas rampas tan valiosas de acceso al avión que dejamos aparcadas en el momento del despegue.

Para nosotros la motricidad también forma parte del vuelo, y dudamos de que la inteligencia se reduzca al mero manejo formal de estructuras lógico-matemáticas, por prodigiosamente interesantes que sean. Lejos de llevar la motricidad al pináculo, la teoría de Piaget, tomada al pie de la letra, puede llegar a suponer su desvaloración.

Creemos que Piaget, tras haber mostrado magistralmente que la motricidad puede proyectarse sobre el plano de la representación abstracta, no ha tenido en cuenta lo suficiente el camino inverso: el razonamiento operativo también puede reflejarse sobre el plano de la motricidad.

Nos parece posible explorar una noción de inteligencia psicomotriz que atestigüe la profunda interdependencia entre estos dos planos. Este movimiento de vaivén entre lo concreto y lo abstracto se efectúa, con mayor o menor éxito, sin cesar. Sin embargo, si nos alejamos lo suficiente del desarrollo del niño constatamos, más allá de la confusión de la realidad, la presencia de las grandes corrientes. En un primer viaje de ida, el pensamiento operativo se libera poco a poco de lo figurativo, y en un posible viaje de vuelta este pensamiento racional puede incorporarse a los comportamientos motores concretos proporcionándoles un esquema de modelos operativos muy fecundos. No queda en absoluto excluido de este juego de interacción pues continua porque la complejidad de las conductas motrices permite forjar nuevos modelos y crear nuevas estructuras matemáticas adaptadas a la acción.

¿Por qué limitar la inteligencia al estadio de las pruebas de lápiz y papel? En nuestra opinión, la psicología de la inteligencia no se limita a ser un soberbio malabarismo intelectual basado en un código abstracto, aunque ciertamente sea ésta una condición fundamental.

Podría decirse que la concepción de Piaget lleva implícita una visión intelectualista. La inteligencia psicomotriz es indiscutiblemente una inteligencia motrizada, pero también es una inteligencia motrizante" (Parlebas, 1968c, 2017, p. 162-165).

No se trata de un juego de palabras, la motricidad es inteligente en cuanto forma parte de la vida humana y resuelve problemas para adaptarse a la vida en cada momento, sino que se trata de una inteligencia que ha hecho y sigue haciendo evolucionar la inteligencia humana.

"El éxito supremo es la simbiosis entre la motricidad y las exigencias racionales de la situación. La representación debe pasar a la acción nutriéndola con sus esquemas. A su vez, la acción debe provocar una renovación de la representación enriqueciéndola con nuevos horizontes. En definitiva, representación y acción se hacen una en la unidad de la conducta motriz...

Así concebido, el submarinismo, que integra en las conductas motrices no sólo los mecanismos operatorios más elaborados, sino también representaciones estéticas, imaginarias y poéticas, puede ser una manifestación apasionante de la inteligencia" (Parlebas, 1968c, 2017, p.166).

Desde este punto de vista, la educación de las conductas motrices al optimizarlas, cualquiera que sea la edad y la condición de la persona, quién se acerque a una pedagogía basada en este principio mejorará la calidad de su vida y de sus congéneres.

LAS CONDUCTAS MOTRICES DEL PRACTICANTE TIENEN EMPATÍA

Los psicólogos, sociólogos y psicólogos hablan, escriben y reflexionan sobre la empatía como la panacea de las sociedades contemporáneas, con la que se podría conquistar la convivencia, el diálogo, la generosidad, la cooperación, la fraternidad o la humanidad entre las personas que viven en las sociedades competitivas y materialistas actuales.

Ya desde sus inicios la educación de las conductas motrices se presentaba como una pedagogía generadora de empatía entre los grupos para enriquecer las relaciones sociales en las escuelas, en los clubes deportivos, en las asociaciones recreativas o con los juegos populares y tradicionales sociomotores con interacciones motrices favorecedoras de la cohesión de los equipos, de la cooperación y la solidaridad entre los niños, jóvenes, adultos y hasta los ancianos.

“En una situación grupal los otros también toman parte en las decisiones de cada uno. El otro no es solo un elemento que se superpone por añadidura al mundo de los objetos, agregándole una cantidad suplementaria de estímulos y de señales: el otro es una presencia que transforma la acción de cada sujeto. La situación motriz adquiere una significación nueva que evoluciona según la percepción que cada uno tiene de los compañeros y de los adversarios.

El proceso que consiste en intentar percibir según el punto de vista de los otros sin dejarse arrastrar por ellos ha recibido el nombre de empatía. Los psicólogos insisten hoy en que los fenómenos empáticos son producto de factores afectivos y cognitivos profundamente implicados” (Parlebas, 1970, 2017, p.177).

Las conductas motrices entre las parejas, tríos, cuartetos, quintetos o mayores grupos que participan en juegos cooperativos, con o sin competición, entre juegos paradójicos o bien con juegos de cooperación y oposición, siempre están cargadas de empatía, es una condición básica para que este tipo de relaciones entre personas sean benéficas y positivas.

“Podemos tener en cuenta lo que el otro piensa de nuestras relaciones, lo que cree que pretendemos hacer, lo que piensa que pensamos que ha decidido... Esto puede parecer complicado, pero en la práctica todas estas emisiones y remisiones, todos estos juegos de reflejos se entrecruzan de manera continua y suceden en un santiamén, en un abrir y cerrar de ojos. Estos intercambios, estas intercomunicaciones fulgurantes pueden ser perfectamente lúcidas, aunque a menudo sean no reflexivas. Si la palabra está prohibida, ¿cómo podrían desarrollarse tan correctamente acciones concertadas sin la empatía? Cuando dos compañeros chocan, se molestan o no se hacen caso, cuando no se comprenden, no puede ser por otra cosa más que por un error de empatía, y si en el fragor de la acción llegan a entenderse bien sin hablar es porque se establece una comunicación que no es verbal. Además, un clima de estima mutua facilita la previsión, reduce los tiempos de latencia y las demoras, y permite un verdadero juego de equipo. Así es como puede desarrollarse una microcultura de grupo que genere y vehicule un sistema de normas, valores y maneras de hacer comunes, y establecerse toda una red cognitiva y afectiva de significados sociomotores compartidos” (Parlebas, 1970, 2017, p.178).

La empatía no está presente solo en conductas motrices ideales, sino que se necesita para que en los deportes en que se ha encumbrado la competición como el as mágico de la sociedad, tienen que mostrar a toda la sociedad que la empatía es ineludible en los lances más atractivos y estimulantes de los deportes que tienen millones de seguidores y practicantes.

“En un campo sociomotor, fundamentalmente intersubjetivo, los determinantes racionales interfieren con los impulsos emotivos, amistosos u hostiles: pase, cobertura o apoyo; carga, obstrucción o intercepción. Lo lógico no agota lo empático.

Más allá de las razones dadas, de las racionalizaciones posibles, parece claro que los procesos sociomotores inconscientes impulsan las interacciones de los jugadores: lo significado desborda lo significante.

¿No están llenas de sentido las reacciones de algunos jugadores calificadas como un sinsentido? ¿Rechazamos en el intercambio motor lo que admitamos en el intercambio verbal? Los jugadores no son máquinas vacías sobre un terreno.

Para coger al adversario a contrapié hay que ser capaz de llevarlo en una dirección-trampa hasta el punto de no retorno, de hacerle adoptar un esquema que se asoma al vacío; hay que imponer en la dinámica de la interacción motriz una imagen trucada de uno mismo. Este juego de fintas, esquivas y regates, de cargas y contras, se realiza hombre a hombre, pero también por grupos, en una palabra, de ataque a defensa, de zona a zona, de equipo a equipo.

Para entender estas conductas será necesario estudiar los fenómenos de empatía sociomotriz en situaciones concretas de intermotricidad: deportes colectivos, deportes en la naturaleza o deportes de combate.

La acción es reacción. Respondemos mediante una parada o, mejor aún, mediante una respuesta que fuerza al adversario a contrareaccionar. Sobre el terreno, el jugador descodifica la actitud y el comportamiento de los otros jugadores, evalúa sus carreras y sus direcciones, sopesa las convergencias futuras y aprecia corporalmente los intervalos que lo separan de los espacios donde prevé que vaya a intervenir. La kinestesia impregna fuertemente estas apreciaciones y, dado que el adversario procede de la misma manera, cada acción de un jugador modifica la secuencia siguiente, ya que el otro también reacciona en un continuo feedback. En el marco de las tácticas adoptadas, cada jugador elabora continuamente su acción reajustándose permanentemente a una situación que evoluciona en función de sus propias iniciativas: el deportista elabora una programación dinámica muy fluida y siempre renovada, en función de las consecuencias de su estrategia sobre el entorno y sobre los demás.

El jugador asocia intenciones a sus compañeros y adversarios según la imagen que se forma de ellos: hace anticipaciones de anticipaciones. En este juego de reciprocidades enmascaradas se busca ocultar el juego, hacer fintas y tender trampas: un debutante que preste atención a todas las posibles señales naufragará en este mundo de apariencias. El defensor debe juzgar los engaños y los falsos semblantes que abundan por doquier, pero debe evitar dejarse llevar por un simulacro de desplazamiento o una finta de pase que facilite el desmarque. Cada jugador debe estimar sus posibilidades, sus probabilidades de éxito, y elegir. A menudo todas estas microdecisiones son tomadas en un abrir y cerrar de ojos, por lo que la actividad deportiva puede ser una excelente educación de las conductas de decisión" (Parlebas, 1970, 2017, p.178-179).

Los deportes necesitan de la empatía de los deportistas, de unos más o de otros menos, eso está en función de cada modalidad deportiva. Según el protagonismo que tengan en su lógica interna las interacciones motrices, la necesidad de la empatía estará en mayor o menor medida presente en las situaciones motrices para que las conductas motrices de los jugadores puedan mejorar sus prestaciones.

"Podemos darnos cuenta de que esta aproximación supone una manera de enseñar y un método de entrenamiento que no pueden verse satisfechos con la repetición de gestos automatizados, ni con la imitación servil de modelos impuestos: sin perder de vista la realidad de cada deporte, la iniciativa del jugador, sus conductas de decisión y su creatividad motriz deben convertirse en los polos del aprendizaje, es decir, de las transferencias buscadas" (Parlebas, 1970, 2017, p.180).

La creatividad, las decisiones y la espontaneidad de cada jugador es el polo trascendente del aprendizaje, son las transferencias más perseguidas, más allá de los métodos de entrenamiento, de las repeticiones de modelos exitosos las conductas motrices repletas de empatía completan un perfil necesario para mejorar la formación de la persona, cualquiera que sea su edad y su experiencia.

"Los principios de las conductas motrices no se transfieren mágicamente, sino que hay que conseguir situaciones de aprendizaje que faciliten esas estructuraciones activas, esas coordinaciones de acciones, esas correspondencias en el tiempo y el espacio. El educador no sólo busca el éxito exterior de sus alumnos. A través del éxito apunta a la elaboración de esquemas de acción, al manejo de esa acción en el plano reflexivo.

Recordemos que, para nosotros, la fase más importante es la integración de esos esquemas en una vivencia afectivo-motriz controlada en el marco de una nueva educación, una socioeducación que numerosos educadores intentan promover y experimentar.

Venimos diciendo desde hace tiempo que hace falta individualizar la enseñanza, lo que parece legitimar una estricta psicoeducación. Pero al individualizar ¿corremos el riesgo de aislar al niño y trocear el equipo en átomos sociales?, ¿no nos convendría más personalizar y grupalizar la enseñanza? No entendemos por esto encastrar a cada niño en un grupo fijo, en

un club rígido que se convertiría de inmediato en un clan. Por el contrario, parece deseable ofrecerle al niño una gran cantidad de experiencias grupales mediante las que pueda vivir muchos roles sociomotores diferentes. No nos parece que el modelo de relación social que haya que promover sea el de la dominación y la sumisión, hacia el que tendería, inevitablemente, toda pedagogía cuyo eje doctrinal e institucional fuera la competición. Parece preferible organizar la práctica deportiva desde la perspectiva de la cooperación y la tolerancia con los demás” (Parlebas, 1970, 2017, p.183-184).

Entre fomentar la rivalidad en diferentes grupos y hacerlo desde la perspectiva de la cooperación y la tolerancia de los demás, supone una diferencia abismal para formar a las personas que puedan tener una vida repleta de convivencia alegre, pacífica y positiva.

“La acción está en constante referencia con la vivencia corporal, por lo que frecuentemente se apela a una expresión concreta: el esquema corporal. A veces tendemos a reducirlo a aspectos neurológicos, al conocimiento del propio cuerpo frente al entorno según normas racionales y objetivas. Este aspecto de acomodación a los elementos lógicos de un espacio neutro y homogéneo es un aspecto importante, aunque, en un plano más profundo, el esquema corporal está dotado de una textura emocional determinante. El espacio motor es un espacio social y afectivo, tal y como muestran los problemas de lateralización, de apoyo preferente, de pie de apoyo, de zurdera, de descoordinación o de inhibición.

Es necesario cuestionar esa concepción del esquema corporal, que lo utiliza de tal modo que el mecanismo es traído de vuelta a la motricidad bajo cuerda. Se tiende a hacer de él una suerte de equipamiento, de instrumental, de herramienta intermediaria que permite entrar en contacto con el entorno, que sería también una pantalla. La reeducación física se ha apropiado de ese esquema y tiende a instrumentalizado cada vez más. La reeducación es una terapia de las conductas motrices, lo que la emparenta con la educación física, pero no debe volver a caer en antiguos mecanismos, aunque sea con palabras nuevas. Se afirma, por ejemplo, que el esquema corporal habitualmente se encuentra completado hacia los once o doce años, pero el esquema corporal jamás está acabado: está en continuo devenir, tal y como muestra continuamente la práctica deportiva orientada hacia la toma de conciencia de la vivencia afectiva-corporal. He aquí una de las claves de la transferencia. No deja de ser revelador que la misma palabra sea empleada en psicoanálisis para referirse a la reviviscencia de fenómenos afectivos fundamentales, y en psicología del aprendizaje para caracterizar la evolución (inhibición o facilitación) de las conductas motrices.

Apoyarse en una concepción biologizante y racional de un esquema corporal demasiado rígido implica negar que las conductas motrices formen parte de la relación vivida con los entornos físico y humano” (Parlebas, 1970, 2017, p.184-185).

Ni las conductas motrices de las personas, ni su esquema corporal, ni su personalidad, está definitivamente maduro y completo en una edad concreta, la evolución de la vida es un continuo proceso que mantiene diferentes intensidades y velocidades, según sea el proceso vital de cada persona, pues está evolucionando constantemente.

“... la noción de esquema corporal ha podido ser reinterpretada: la lógica interna de cada situación motriz influye en la representación dinámica del cuerpo que está involucrado, afectiva o cognitivamente, en el juego de exigencias particulares a cada práctica. De ello se desprende que hay tantos esquemas corporales como situaciones motrices diferentes. Esto es lo que muestra la investigación presentada por Luc Collard (2011) basada en el análisis de los dibujos de los niños que se representan practicando diferentes actividades” (Parlebas, 2020, p.7).

Se pudo mostrar en una rigurosa y sugerente investigación, como los niños y los jóvenes, según los deportes que practicaban con mayor frecuencia, tendían a representar sus cuerpos mediante dibujos con un esquema corporal coherente con el prototipo estándar prevalente del deporte practicado.

Lo que resalta que en la educación de las conductas motrices el contexto socioafectivo le da un sentido fundamental a la transferencia, para que pueda permitir que las conductas motrices se adapten con coherencia y eficacia a cualquier situación motriz, sea expresiva, psicomotriz en el medio natural o en un juego tradicional paradójico.

LA CREATIVIDAD ESTIMULA LA EVOLUCIÓN DE LAS CONDUCTAS MOTRICES

La creatividad es un motor que impulsa la evolución de las conductas motrices, ya que en cualquier situación motriz es necesario llevar a cabo un proceso adaptativo a las condiciones que establece su lógica interna, pues, aunque se trate de una respuesta repetitiva, siempre existen posibilidades para la innovación, la variación, la experimentación, y, sobre todo, la exploración motriz, que posibilitan su renovación, aunque sea en aspectos mínimos.

De modo que la creatividad de las conductas motrices posibilita innovaciones constantemente en cualquier situación motriz, no de manera exclusiva en las situaciones de expresión motriz, puesto que inclusive en aquellas psicomotrices en las que se utilizan como recurso la aplicación de un algoritmo, se producen cambios, aunque sean minúsculos, a los que se tienen que adaptarse, sobre todo, en las sesiones de entrenamiento en donde se prueban nuevas alternativas.

“Es cierto que las tendencias son numerosas y que suscitan gran cantidad de divergencias, pero hay un punto que todos reconocen y valoran: el punto de vista del aquí y ahora, de lo que pasa sobre el terreno y de inmediato, siendo aceptado por muchos que los impulsos de la espontaneidad que sustentan las conductas de creatividad son el motor del cambio y la disponibilidad.

Todas las conductas de creatividad motriz, que dan lugar a la improvisación sin excluir el rigor, son insolubles de la vivencia y la espontaneidad. Este punto de vista adquiere una gran intensidad en la danza y en el campo de la expresión corporal, y es habitual que la educación institucional que tanto insiste en la dinámica del devenir y del campo social total, en aparente oposición al aquí y ahora, le conceda una grandísima importancia a la vivencia de la experiencia inmediata” (Parlebas, 1968b, 2017, p.138).

La estimulación de la creatividad se puede producir en cualquier situación motriz, aunque se haya planteada como un modelo a imitar que tiene repetirse o reproducirse:

“La práctica de las actividades físicas puede solicitar, igualmente, la dimensión expresiva y estética. La gimnasia artística, los saltos y el patinaje también se interesan por el gesto bello, pero si hay un dominio en el que se puede dar rienda suelta a la creatividad, ese es el de la expresión corporal.

El actor ya no tiene que reproducir servilmente gestos impuestos o técnicas petrificadas, sino que se despliega en el tiempo, según el ritmo de sus propios pasos, de sus querencias y sus impulsos, dando vida al producto de su imaginación a través de las conductas corporales.

Los adolescentes, al igual que los niños de menor edad, aprecian de inmediato los recursos de este diálogo gestual, por esto las sesiones de expresión corporal animadas por educadores bien formados obtienen un gran éxito en la escuela primaria, en los centros de jóvenes y en las colonias de verano.

La expresión corporal es mucho más que una especialidad particular, representa una mentalidad y una actitud que anima a la creación.

Esta invitación a la creatividad motriz debería darse en mayor o menor grado en todas las actividades deportivas” (Parlebas, 1971, 2017, p.225).

El recurso de la creatividad motriz se da también en todas las actividades deportivas, no tan solo en situaciones educativas, ya que la necesidad que tienen los deportistas de focalizar su atención en la tarea motriz que van a realizar siempre hay matices, aunque sean sutiles, que ayudan a centrar la atención en las conductas motrices propias en las que siempre hay aspectos expresivos, aunque su pertinencia no sea específicamente de conductas motrices expresivas.

La creatividad motriz siempre está presente en la educación de las conductas motrices ya que el recurso creativo, aunque sea una leve experimentación motriz, se precisa para que la conciencia de la conducta motriz, y sobre todo su consciencia, es decir, sentirla con todo el cuerpo, es necesario para que se desarrolle el proceso de adaptabilidad que requiere realizar cualquier conducta motriz para ajustarse a la lógica interna de la situación motriz en que está implicada.

“Muchas practicantes, brillantes en otras disciplinas deportivas, declaran ser muy malas en danza y expresión, mostrando una verdadera inhibición psicomotriz y un bloqueo cuyas raíces parecen hundirse en la más profunda afectividad. La sociedad impone valores que tienden a ningunear y a menospreciar, a despreciar el cuerpo; por su parte, la danza busca magnificar ese cuerpo. Surge así una brutal oposición entre unas prohibiciones profundamente ancladas y una repentina e insólita invitación. Es éste un conflicto que se vive en la motricidad y en las propias técnicas, con sus evasiones y caídas, con sus actos fallidos y todo su imaginario inconsciente. Estos aspectos conflictivos han sido un tanto atenuados en la danza clásica, dada la prevalencia concedida a una técnica tradicional que tanto protege con su escudo de convenciones, pero la corriente de la danza moderna, con una vocación expresiva, hace resurgir con intensidad las contradicciones afectivas.

Aquí, más que en ninguna otra actividad, la imaginación corporal puede campar a sus anchas, ya que las estructuras motrices se inscriben en una simbología original llena de nuevos significantes, certificando su riqueza estética y educativa. No debe sorprendernos que, a la vuelta de las metáforas gestuales, puedan surgir resistencias inconscientes y se desplieguen disfrazados fantasmas corporales.

El aprendizaje de las actividades de expresión corporal no es solo una cuestión de colocación de segmentos, de intervalos de apoyo o de laxitud articular.

O, dicho de otro modo: aunque todos esos problemas existan, deben ser reconsiderados en el contexto socioafectivo que les da su sentido principal: ese crepitar de la significación que permite que nazca la expresión” (Parlebas, 1970, 2017, p.185-186).

La significación de la conducta motriz es lo que permite que surja la expresión motriz como evolución natural en el campo de la motricidad, en donde la creatividad se manifiesta como algo cotidiano. Es por esto por lo que la exploración motriz puede constituirse como una situación motriz, en cualquier modalidad deportiva, en donde la creatividad se manifieste espontáneamente, por esto convendría estimularlas más y hacerlas crecer con frecuencia, tanto en el ámbito educativo o en el entrenamiento.

LA EVOLUCIÓN DE LAS CONDUCTAS MOTRICES

La conducta motriz no indica la calidad, la perfección o la excelencia de lo que se hace, aunque sea puntualmente, porque no tiene que ver con un juicio, hacerlo mejor o peor, normal o excelente, bello o más o menos estético, sino que hace referencia al actuar de manera peculiar, puesto que expresa la singularidad de cualquier ser humano.

“Una educación de la competencia motriz es necesariamente una educación de las conductas motrices. Hablar de la competencia motriz sin apoyarse en las características de la conducta motriz evidencia un déficit teórico de grandes dimensiones.

La competencia motriz hace referencia inevitablemente a la experiencia y a las representaciones de la conducta motriz: la de un esquiador dependerá de sus recursos biomecánicos, perfeccionados y entrenados para anticiparse y decodificar la pista pero también de la forma en que reacciona afectivamente ante el estrés; la de un jugador de voleibol estará sujeta a sus recursos cinéticos para saltar y golpear el balón, pero también a su empatía y decodificación de las actitudes y desplazamientos de los otros jugadores y de sus reacciones emocionales ante las variaciones del marcador.

La importancia relativa de cada una de las dimensiones de la personalidad implicada varía según se trate de la barra fija, de la natación, del judo, de la danza o del rugby, mas la competencia motriz es en todos los casos fruto de la activación conjunta de las diferentes dimensiones. En otras palabras, la competencia motriz es una expresión abstracta y global que caracteriza el logro y la culminación encadenada de conductas motrices” (Parlebas, 2018, p.91).

Si se juega al fútbol y se logra un gol, esa conducta motriz puede ser catalogada como más o menos eficaz, pero no se trataría en estricto sentido de una conducta motriz sino de una competencia motriz ligada a esa conducta. Por ejemplo, Messi logra un gol de falta y Cristiano Ronaldo otro, también de falta, en el mismo partido. Ambas conductas motrices, al lograrlo, son competentes y eficaces, pero muestran sensibles diferencias, las cuales identifican claramente a un jugador y al otro.

A unos observadores les gustará más el estilo de un jugador y a otros el del otro, por estética, por contundencia, por originalidad..., pero lo que claramente les identifica y diferencia es la conducta motriz, cada cual con su estilo personal y único.

“En todo credo pedagógico encontramos esa búsqueda de una influencia positiva, esa expectativa de una mejora a corto o largo plazo. En educación física denominamos transferencia de aprendizaje a esa prolongación de la actividad pasada en la acción presente que es la raíz de la evolución de las conductas motrices.

En nuestra opinión la transferencia es la palabra clave de la educación física, siendo tan grande su importancia que la comprensión de los mecanismos que la sustentan puede llegar a condicionar el desarrollo profundo de nuestra disciplina.

Conviene hacer notar que la transferencia desempeña un papel principal en cada uno de los tres niveles fundamentales de la educación física: el nivel de su objeto (las conductas motrices), el nivel de su puesta en marcha (la intervención educativa) y el nivel de su finalidad específica (el desarrollo de la adaptabilidad psico-socio motriz).

Puede parecer extraño que a veces esta importancia sea desconocida y hasta discutida. La transferencia, manifiestamente sospechosa y subestimada, no es considerada un problema fundamental y no tiene derecho a cita ni en su propio reino: el término transferencia no aparece en ningún momento en el programa de formación de los estudiantes de educación física, lo que es por lo menos sorprendente.

Hay transferencia cuando la ejecución de una actividad modifica de manera positiva o negativa la siguiente, realización de una actividad nueva o la reproducción de una actividad antigua. El resultado de esta influencia se revela por comparación con un grupo control, es positiva si hay facilitación, y hablamos de inhibición o interferencia si es negativa. Tal y como indican los diseños experimentales, se habla de efecto proactivo cuando actúa sobre una actividad nueva y retroactivo cuando se ejerce sobre la reproducción de una actividad antigua.

La transferencia es la savia de la adaptación y, mejor todavía, de la adaptabilidad. El terreno está sembrado de trampas. Hablamos a menudo de la repetición de un gesto o un ejercicio, repetición entendida como reproducción fiel y ausencia de modificación, pero el aprendizaje es precisamente lo inverso de repetición: se corresponde con una sucesión de modificaciones, por tanto, de transferencia. La conquista de la maestría motriz es la historia de los cambios, que permiten eliminar las contradicciones parasitarias y las movilizaciones superfluas, para desembocar en esos procesos de alto rendimiento que caracterizan la mejor adaptación a una situación. No es una cuestión de rigidez, sino de plasticidad.

El verdadero problema acerca de la transferencia no se plantea respecto a su existencia, abundantemente probada, sino acerca de su naturaleza, acerca de los mecanismos y de los procesos que la sustentan.

Muy esquemáticamente, podemos decir que se enfrentan dos teorías. De una parte, una teoría analítica de inspiración asociacionista, basada principalmente en el reflejo condicionado, que se expresa en términos de estímulo-respuesta y da prioridad a las características de la tarea en detrimento del papel del individuo que queda relegado a una relativa pasividad. Por otra parte, una teoría global que privilegia la intervención activa del sujeto, que parece querer poner en marcha métodos generales y descubrir y aplicar principios en apariencia diferentes, pero eficaces en múltiples casos.

En cambio, nos parece posible superar esta oposición proponiendo una concepción que no es analítica ni global, ni tan siquiera mixta. Nos parece posible pensar en una educación estructural que se injertaría en una concepción igualmente estructural de las conductas motrices y de la transferencia” (Parlebas, 1968a, 2017, p.127).

La conducta motriz está constantemente evolucionando dado que siempre se adapta a las condiciones de la situación motriz en la que se desencadena, y es precisamente esta adaptación lo que estimula y faculta su optimización, su mejora cotidiana, no siempre de forma cuantitativa, pero sí de manera cualitativa, la adaptabilidad, hasta el fin de los días.

“En nuestra opinión, la inteligencia motriz también da cabida a las estructuras operativas y no es un simple escalón que hay que superar en el camino hacia la cima del pensamiento: la mera noción del límite superior es discutible en sí misma. Además, no es solamente una suerte de nivel superior y definitivo que sobrepase todas las demás producciones: nunca llega

a completarse y está siempre en proceso de hacerse, ya que, a decir verdad, tendemos hacia la maestría motriz pero jamás la alcanzamos.

La inteligencia motriz, íntimamente vinculada de la persona, no es ni una etapa que hay que superar ni un estado alcanzado: es un devenir siempre inacabado. En cualquier caso, y por todo aquello en que afecta a la personalidad del niño, puede suponer uno de los objetivos fundamentales de toda educación" (Parlebas, 1968c, 2017, p.167).

La noción de conducta motriz está asociada al principio de su unidad, o mejor precisado, su orientación se dirige hacia la unidad, en la globalidad de la persona, desde esta perspectiva ontológica el objeto de la educación de las conductas motrices es una evolución inacabada, aunque la excelencia muestre la maestría es siempre susceptible de ser mejorada, la optimización se hace posible desde la unidad y ésta se amplía, se mejora o se optimiza hacia afuera, como puede ser un salto, pero hay también una evolución hacia adentro, en la intimidad de la persona, hacia su subjetividad.

"Las conductas motrices conforman una unidad, pero podemos distinguir en ellas dos dimensiones que se interpenetran: las dimensiones psicomotriz y sociomotriz" (Parlebas, 1970, 2017, p.183).

Al igual que existe una física que trata de comprender y explicar el universo, también existe una física de partículas, del micro universo de la vida, de manera que las conductas motrices evolucionan hacia fuera, hacia el espacio, el tiempo, los materiales y las demás personas con quién puede interaccionar, por estas condiciones tiende a adaptarse, pero también evolucionan hacia adentro, mejorando y optimizando percepciones y vivencias motrices de sí mismo, es decir, la adaptabilidad de las conductas motrices siguen evolucionando la riqueza subjetividad del practicante.

CONSIDERACIONES FINALES

La noción de conducta motriz ha sido creada por una mente humana, la de Parlebas. No se trata de un fenómeno natural, como lo sea una piedra, sino una abstracción que ha sido pensada para entender la complejidad de la realidad educativa.

Al hacerlo, una disciplina educativa hasta hoy subsidiaria de otras, desde su objeto hasta su nombre y su origen, ha encontrado un objeto propio, las conductas motrices, un objeto específico no utilizado por otras, sin hipotecas, puesto que su objeto es pertinente, que pertenece a la educación de las conductas motrices de quienes ejercen esa influencia positiva a las personas a través de ellas, educadores de las conductas motrices, abriendo de este modo un nuevo campo del conocimiento.

La educación de las conductas motrices no renuncia a la observación de los comportamientos motores, sino que reivindica todo el proceso global que se desencadena en la persona cuando se implica en la acción motriz, por esto necesita interpretar lo que sucede cuando el protagonista interviene en una situación motriz.

La adaptación, la afectividad, la creatividad motriz, la exploración motriz, las emociones, la empatía, la conciencia, los sentimientos, la evolución y la optimización de las conductas motrices forman parte de un arsenal de potencias educativas que acompañan a las personas, de cualquier edad y condición, cuya subjetividad merece tenerse en cuenta para ayudarle mediante saberes procedimentales (prácticos) a vivir mejor con unas conductas motrices ya conocidas, educadas, entrenadas y cuidadas.

Ya hace más de cincuenta años (1967, 1968, 1969 y 1970) que estos importantes enunciados pedagógicos se han concretado y publicado, pero aún no han tenido la divulgación que merecen a tenor de su necesidad en la sociedad actual.

El corolario final regresa a su título, de ahí la necesidad de leer, comprender y aplicar a Parlebas. Por esto tenemos la esperanza de que este artículo pueda estimular la curiosidad e interés de los pedagogos de la motricidad humana para que puedan encontrarse con los textos de las fuentes originales, las de su propio creador:

¡Gracias Pierre Parlebas!

BIBLIOGRAFÍA

Castellanos, N. (2021) *El espejo del cerebro*. Madrid, LHG.

Collard, L. (2011) "Esquemas corporales y dominios de la acción motriz", XIV Seminario Internacional y II Latinoamericano de Praxiología Motriz: Educación Física y contextos críticos. Universidad Nacional de La Plata (Argentina).

Damasio, A. (2001a) *La sensación de lo que ocurre*. Barcelona: Editorial Crítica.

Damasio, A. (2001b) *El error de Descartes*. Barcelona: Editorial Crítica.

Damasio, A. (2005) *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*. Barcelona: Editorial Crítica.

Damasio, A. (2010) *Y el cerebro creó al hombre. ¿Cómo pudo el cerebro generar emociones, sentimientos y el yo?* Barcelona: Editorial Destino.

Damasio, A. (2018) *El extraño orden de las cosas: La vida, los sentimientos y la creación de las culturas*. Barcelona: Editorial Destino.

Lipton, B. H. (2007) *La biología de la creencia. La liberación del poder de la conciencia, la materia y los milagros*. Madrid: Editorial Palmyra.

Parlebas, P. (1959). *Éducation physique et éducation philosophique*. AS.FI.DE.PHI, 1(2), 7-11.

Parlebas, P. (1968a) *Pour une éducation physique structurale*. *Revue Éducation Physique et Sport*, 92, 7-13.

Parlebas, P. (1968b) *Éducation physique structurale (II). Structures et conduites motrices*. *Revue Éducation Physique et Sport*, 93, 17-23.

Parlebas, P. (1968c) *Éducation physique structurale. Structures et conduites motrices*. *Revue Éducation Physique et Sport*, 94, 7-13.

Parlebas, P. (1968d) *Structure, genèse et motricité (II). Éducation physique et intelligence motrice*. *Revue Éducation Physique et Sport*, 101, 27-31.

Parlebas, P. (1968e) *Expression corporelle et éducation physique*. *Bulletin de Liaison ENSEPS*, 14, 15-17.

Parlebas, P. (1969) *Plaidoyer pour l'éducation physique. 1. Une discipline enfin autonome ?* *Le Monde*, 26 de agosto, p.1-11.

Parlebas, P. (1970) *L'éducation physique une éducation des conduites de décision*. *Revue Éducation Physique et Sport*, 103, 25-30.

Parlebas, P. (1971) *L'éducation physique, la mal-aimée. L'homme sain* 5, 277-285.

Parlebas, P. (1975) *Jeu sportif, rêve et fantasie*. *Sprit* 5, 784-803.

Parlebas, P. (1978) *La multiplicité des techniques enseignées en EPS va-t-elle à l'encontre de l'unité de la discipline ?* En Zimmermann, D. (Ed.), *Questions-Réponses sur l'éducation physique et sportive* (pp.41-46). Paris: Les Éditions EPS.

Parlebas, P. (1979) *La métacommunication motrice*. *Travaux et recherches en EPS*, 4, 71-80.

Parlebas, P. (1985 :1990a) *Problématique de l'É.P.S. : spécificité des A.P.S. et spécificité de leur objet*. En Arnaud, P. y Broyer, G., *Psychopédagogie des activités physiques et sportives* (pp. 23-43). Paris: Privat.

Parlebas, P. (1985 :1990b) *La motricité ludo-sportive. Psychomotricité et sociomotricité*. En Arnaud, P. y Broyer, G., *Psychopédagogie des activités physiques et sportives* (pp. 353-380). Paris: Privat.

Parlebas, P. (2001) *Juegos, deporte y sociedad. Léxico de praxiología motriz*. Barcelona: Editorial Paidotribo.

Parlebas, P. (2017) *La aventura praxiológica. Ciencia, acción y educación física. Sevilla: Consejería de Turismo y Deporte.*

Parlebas, P. (2018). *Une pédagogie des compétences motrices. Acción motriz 20, 89-96. (obtenido de http://www.accionmotriz.com/revistas_ver.php?id=27).*

Parlebas, P. (2020). *Educação física e praxiologia motriz. Conexoes. Educ., Fis., Esporte e Saúde. Universidade Campinas SP. (Brasil), 1-8. doi: <https://doi.org/10.20396/conex.v18i0.8659657>.*